

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 10 de Mayo de 1917.

Número 19.

EL MOTÍN PERIODICO SEMANAL CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Nombre de suerte

¿Que quién es ese ciudadano? Yo, aunque haya quien no lo crea. Ni yo mismo á ratos.

Referiré un episodio de mi vida literaria que prueba lo que digo, y el cual recordé el 2 de Mayo.

Escribí un dramilla en un acto, que se estrenó ese día del año 1874 en el teatro de Capellanes (hoy Cómico), y que representó en 1879 Antonio Vico en el de Apolo. (Del curioso incidente ocurrido para llegar á este segundo estreno, me ocupo en un artículo de mi libro *Cartas y dedicatorias*, titulado *Yo, autor dramático*.)

El éxito alcanzado en Apolo fué medianejo, á pesar de haberse aplaudido delirantemente varios períodos.

El argumento se basaba en el hecho ó leyenda de aquel boticario que en la guerra de la Independencia se fingió afrancesado, para envenenar á varios jefes y oficiales enemigos y lo fingió tan bien, que ni su familia, ni un fraile íntimo amigo suyo desde la infancia, y que lo veía diariamente, pudieron sospechar nada.

La primera escena aplaudida fué la III, en que Fray Pedro pide á don Agustín (el boticario), que desista del banquete á que había invitado á los franceses. Dice así:

- P. Es preciso avisarles que no vengan.
A. De ningún modo.
P. ¿Por qué?
A. Porque no.
P. Me desesperan,

--no, que eso es poco--me indignan tus lacónicas respuestas. Aunque sea para decirme que ver á España deseas deshonorada, y á sus hijos sucumbir por defenderla, habla. Abandona esa fría y feroz indiferencia. Ten la grandeza del crimen, que el crimen tiene grandeza. Pero me exalto. Perdóname y hablemos con calma. Acerca esa silla. Bien. Ahora me dirás qué objeto llevas al convidarlos.

- A. Ninguno.
P. Habla con toda franqueza.
A. Déjame.
P. ¿Pero no tienes ni una disculpa siquiera?
A. No.
P. Estás loco, y tu locura va con tu deshonor envuelta. (Pausa)
¿Eres tú quien hace un año enagenaba su hacienda para armar á los que al grito de patria y de independencia iban á verter su sangre en la desigual contienda?
A. Yo soy.
P. ¿Y el que no encontraba palabras bastante enérgicas que aplicar á los traidores afrancesados? Contesta.
A. Yo soy.
P. Y el que - te suplico si el recuerdo te molesta, que me dispenses—el que al saber la triste nueva de la muerte de tu hijo, exclamó con entereza: «Más hijos, y para todos una muerte como esa?»
A. Yo soy.
P. Desmiéntame. Así probarás que tu conciencia te acusa.
A. ¡Si es cierto!
P. (Nada), ni avergonzado lo niega. Dime la razón al menos de mudanza tan completa.
A. De consejo muda el sabio.
P. Nunca la máxima esa sirve en los casos de honra de disculpa á la flaqueza.
A. El patriotismo...
P. Es la vida de los pueblos: haz que muera, y sucumben.
A. También es causa de crímenes...
P. ¡Cesa! Exterminar al contrario

que á exterminarnos se apresta sin reparar en los medios, hay muchos que lo reprueban si no sufren de la lucha las terribles consecuencias; pero cuando el enemigo su egoísta reposo altera, todos hacen un derecho de la astucia y de la fuerza. ¿Ves á la Francia que hoy nuestro proceder condena? Pues de encontrarse mañana por otra nación sujeta, hablara como hoy hablamos, lo que hoy hacemos hiciera, y si sus hijos dudaran en lanzarse á la pelea, nuestro rudo patriotismo como ejemplo les pusiera. Mas le estoy hablando de esto á quien desde edad muy tierna le entusiasmaban las glorias de nuestra patria.

- A. ¿Te empeñas en demostrarme?...
P. Recuerdo, ¿á que tú no lo recuerdas? una tarde en que leíamos la inconcebible defensa de Numancia. Nuestras lágrimas sobre la página abierta se unieron. ¡De noble orgullo y de entusiasmo eran pruebas! Numancia á un lado, á otro Roma... Sólo decirlo es grandeza. Dentro una palabra: ¡patria! valientes legiones fuera. Niños, jóvenes, ancianos y mujeres en la brecha... ejércitos que sucumben... Roma, la altiva, que tiembla... ensangrentados espectros que el hambre y la peste diezman... cadáveres que sostienen la vida de los que alientan... madres que agarran sus hijos y se arrojan á la hoguera... huesos que el fuego calcina... cenizas que el viento lleva... y siglos arrodillados ante aquella tumba inmensa! ¡Oh, Agustín! Si recordases tan inolvidable escena, y sintieras, como siento, que en nuestros pechos golpea la sangre de aquellos héroes, tus nobles brazos me abrieras, y como entonces tus lágrimas á mis lágrimas se unieran.»

Fueron más aplaudidos aún estos versos de la escena VIII, pronunciados momentos antes de sentarse á la mesa los invitados:

«J. Pobre España, si se empeña en vencernos.

A. ¿Pobre España? (Transición)
Es verdad.

J. ¡Cuánto se engaña!
Ya comprenderá que sueña.

A. Lo dudo. Abundan aquí los Quijotes. Del hidalgo manchego conservan algo los españoles, y así como aquel en su locura todo lo desfiguraba y al peligro se arrojaba con indómita bravura, sin que cesara en su empeño al verse á palos molido, ni confesara rendido que luchaba por un sueño, asimismo si se empeñan en vencer á los franceses, aunque sufran mil reveses no comprenderán que sueñan. Al pasar yo el otro día por la plaza, estaba un hombre hablando de España en nombre, y de esta suerte decía: «En donde el honor comienza, todo acaba; y el honor hoy se funda en el valor: ¡ó la guerra ó la vergüenza! Tener, pues, es necesario por bandera el sacrificio, el batirse por oficio y la patria por salario.»

J. —¡Basta!

A. ¿Son muchos? Mejor: así mataremos más.
¿Son valientes además?
Pues verán lo que es valor. Si el mundo juzga imposible resistir á ese torrente, decidle al mundo que miente, porque España es invencible.

J. —¡Basta ya!

A. ¿Queréis ejemplos?
¡De hinojos ante la Historia!
Y en sus páginas de gloria que son de la patria templos, veréis millones de altares alzados al heroísmo y santos del patriotismo á millares de millares.

J. —¡Basta, basta!...

A. «A combatir sin pararse á descansar; la misión de hoy es luchar; la de mañana morir. Y antes, pueblo, que sucumbas da cima á hechos tan grandiosos, que tus padres, orgullosos te aplaudan desde sus tumbas.

J. —¡Por Cristo!...

A. —Y si no te arredras, verás que el triunfo se alcanza si no con fusil, con lanza; si no con palos, con piedras.» (Tn.)
Esto aquel hombre decía con acento penetrante, y esto la turba ignorante entusiasmada aplaudía. ¡Oh, no merece, pensé, un pueblo tan... degradado, ser francés, y avergonzado de la plaza me alejé.

También alcanzaron una gran ovación estos otros versos de la escena XII:

J. ¿De qué os reís?

A. ¡Pesch! de nada: de una de las necedades que se tienen por verdades en esta tierra atrasada. La nobleza y el valor en la sangre se transmiten, dicen algunos, y admiten como verdad este error. ¿Quién, al verme aquí, diría que en línea recta descendiendo de un anti-francés tremendo? Nadie. Si, de un tal García de Paredes: un Sansón, un Hércules. Se afirmaba, que su fuerza aún no igualaba á su grande corazón. El fué un hombre extraordinario luchando por Carlos V; yo soy un hombre distinto; un oscuro boticario. Acabar con un francés lo hallaba tan hacedero, que ni sacaba el acero: lo mataba de un revés. Trescientos mató en un día, allá en Italia; tomó á Ceriñola y se halló con el César en Pavia. Allí hicimos prisionero á un rey de Francia; su espada há poco nos fué robada por Murat el posadero.

(Los franceses intentan hablar, pero D. Agustín empuña convulsivamente el vaso, y exclama.)

¡Reniego de mi ascendiente, que fué un imbécil: prescindo de sus hazañas, y brindo por Bonaparte!

T. Corriente.

A. ¡Que viva, pues, Bonaparte!

T. ¡Viva!

A. Ese azote del mundo... (Transición.)

Ese genio sin segundo, émulo digno de Marte!
¡Si el animal de mi abuelo levantara la cabeza y mirase su nobleza y su valor por el suelo!...

T. ¡Já! ¡já! ¡já!

A. Si ser pudiese que la tumba abandonase, y en este aposento entrase, y con vosotros me viese, «¡apóstata! me diría, de la gloria y del valor, que arrastras así mi honor por el cieno de la orgía; despreciable renegado de la religión sagrada de la patria, hoy profanada por ese pueblo menguado, que donde la planta posa imprime sangrienta huella, que á la virgen atropella, mancha el honor de la esposa, inmola al inerte anciano, incendia las poblaciones y pretende hacer girones la historia del pueblo hispano; miserable parricida,

que mientras tu madre muere, besas del vil que la hiere la mano en sangre teñida; dame el nombre venerado que cual infame ladrón estampaste en tu blasón, y llámate afrancesado.» Así mi abuelo hablaría si descendiese del cielo, y al escuchar á mi abuelo, yo, ¡já! ¡já! me reiría.

Estos otros versos de la escena XV, cuando ya estaban envenenados los franceses, obtuvieron también grandes apiausos:

A. ¡Franceses!

Si viérais á Francia un día por el extranjero hollada buscando desesperada salvación en su energía; si á la llama del incendio viérais á vuestras esposas y á vuestras madres, llorosas lamentar su vilipendio; si el mundo los ojos fijos en vuestra nación tuviera y de vosotros pendiera el honor de vuestros hijos de patria y gloria sedientos, y estuviera en vuestras manos librar á vuestros hermanos de oprobios y de tormentos dando en cambio vuestra vida, decid, si tal día llegase ¿habría alguno que dudase en aceptar la partida?»

Pues bien; apesar de tantos aplausos, el éxito fué, como he dicho, mediano. La traición repugnaba al público de aquellos tiempos. No había alcanzado aún el grado de cultura necesario para disculpar asesinatos como el de la tripulación y pasajeros del *Lusitania*. Aplaudía las apelaciones al honor de la patria, al valor y á la dignidad, pero protestaba de todo lo alevoso y traicionero.

Por esto sin duda, y no obstante lo mal impresionado que estaba, aplaudió al final de la obra estas dos rondallas, que recitó ya con voz fatigosa el boticario al escuchar que el pueblo, que había invadido la casa con intención de matarle por afrancesado, gritaba al enterarse de lo ocurrido:

¡Viva García de Paredes!

A. No vive. ¡Muere también! Aun siendo por patriotismo, la traición siempre es un crimen de los que no se redimen; pero cuando en el abismo que abre á sus pies, el traidor con la víctima se lanza, si á redimirse no alcanza, inspira menos horror.

Al llegar aquí me parece estar oyendo á algunos lectores:

¿Y cómo dice Nakens que es hombre de suerte, habiendo fracasado la obra?

—Por lo siguiente. Si la guardo para estrenarla ahora, no se contenta el

público con manifestar su desagrado: pide mi cabeza en la primera escena en que se habló de honor, valor, dignidad y patriotismo.

Aunque en este momento se me ocurre que tal vez no, por haber perdido hace tiempo muchos españoles hasta la noción de lo que esas palabras significan.

En cambio, casi me atrevo á vaticinar que la escena de los franceses muertos á traición hubiera hecho tanto furor, como entusiasmo despierta hoy en los germanófilos la noticia de los asesinatos de mujeres, niños y ancianos perpetrados con las bombas de los zeppelines, ó la de los soldados muertos con los gases asfixiantes.

A nuevos tiempos, nuevas ideas.

A Menéndez Pallarés

Querido Emilio: Me asocio á la pena que en estos momentos sufre por la muerte de su madre, señora cuyo elogio queda hecho diciendo que, por lo abnegada, lo noble y lo buena, merecía tener un hijo como usted.

JOSÉ NAKENS

Actitud indefinida

El discurso pronunciado por Maura en la Plaza de Toros el domingo pasado, no agradó del todo á nadie, ni aun á los suyos, por lo contradictorio y oscuro. Han pasado ocho días, y aún no han podido los periódicos ponerse de acuerdo acerca de su verdadera significación. Las afirmaciones de un párrafo las contradice en otro.

Carece, por lo tanto, de trascendencia, apesar de ser suyo, y lo ha alejado más del poder. ¿Qué principio ó qué tendencia puede representar en adelante el hombre que no se sabe lo que quiere ni á dónde va?

Para mí, lo más peregrino de cuanto dijo, fué aquello de que Alemania no nos ha inferido *agravio alguno*, y que, por lo tanto, no *debemos romper con ella*.

Si echar á pique nuestros barcos y asesinar á nuestros compatriotas no es agravio, ¿qué necesita Alemania hacernos para que Maura crea que ha llegado el caso de romper con ella las relaciones diplomáticas?

Y no digo más, porque siempre que agarro la pluma para juzgar algún acto de Maura desde 1909, recuerdo que á él le debo mi indulto. Uno de mis defectos mayores como político, es el de no olvidarme de los favores que recibo.

Que esto no debe hacerse; que el político se debe en primer término á su convicción... Lo sé, lo sé... Por eso dije antes que tengo ese defecto, del que he pretendido en vano curarme; á esto se debe en gran parte el aislamiento en que he vivido; por esto

ni siquiera pedí nunca á ningún jefe republicano, ni de los pasados ni de los presentes, que recomendara á sus partidarios EL MOTIN.

Las situaciones difíciles, que no han dejado de abundar en mi vida, las he sorteado como he podido, ó no las he resuelto; pero sin haber hipotecado ni un adarme de la independencia que necesitaba para juzgar los actos políticos de todos. Y no hubiera tenido esa independencia si recibo de alguno el favor más pequeño.

Mas volvamos á mi actitud frente á Maura.

Alguna vez me he preguntado: «¿Si la salud de la patria lo exigiera, te atreverías, formando parte de un tribunal revolucionario, á condenarlo á muerte?» ¡Sí!, me he contestado. Por la patria no debe vacilar el hombre ante ningún sacrificio. Lo que no haría nunca, y menos estando él fuera del poder, es tratarle como los demás lo tratan, ni aun en los casos en que estuviera, como ahora, de acuerdo con quienes lo fustigan.

Y no lo haría, por temor al juicio que de mí formase un vejestorio que nació cuando yo, vivió siempre conmigo y morirá á la vez que yo.

LA NEUTRALIDAD ARMADA

¡CUIDADO!

¿Han leído ustedes unos sospechosos artículos publicados en la prensa alemana de Madrid y en los cuales se desarrolla el tema de la neutralidad armada?

Esos artículos son altamente sintomáticos. Prueban que el trogloditismo á sueldo de los Imperios centrales cree que ha llegado el momento de arrojar la máscara.

La primera parte del plan consistía en impedir que nos pusiéramos de parte del Cuádruple Acuerdo. Esa primera parte está ya realizada. España, pase lo que pase, torpedeen los alemanes lo que torpedeen, ahoguen los alemanes lo que ahoguen, callará medrosa y hasta es posible que satisfie. Son muchos los compatriotas que aplauden cuando se enteran de una nueva tragedia marítima como la del *San Fulgencio*, la del *Thom* ó la del *Triana*. Y no son pocos los que contribuyen á ellas, bien por unos duros, ya gratuitamente.

Queda la segunda parte. Hay que hacer que España rompa con los aliados...

¿Cómo conseguirlo? Los aliados no nos dan motivo alguno. No nos torpedean barcos. No nos impiden navegar. No nos ahogan, fusilan ó ametrallan compatriotas...

Pero podemos nosotros darles mo-

tivo para que se enfaden. Y ese motivo puede ser la movilización...

¿Se ve bien clara la cosa? Después de haber hecho una crisis para arrojar del Poder al único gobernante aliadófilo, nos armamos—es un decir—hasta los dientes. ¿Y contra quién? No contra Alemania.

Se espera, allá en las alturas donde han dado instrucciones á los mercenarios, que esa neutralidad armada despierte recelos en Portugal, Francia é Inglaterra. Del recelo al enfado hay un trecho muy corto. Del enfado á la tirantez de relaciones, á la ruptura, un trecho pequeñísimo.

Hay que agregar que en esas alturas—desde las cuales se tira de los cordones que mueven los muñecos políticos á partir de Agosto de 1914—se cree que García Prieto no se atreverá á dar los pasos decisivos. Mas ya tienen preparado un Gobierno Villanueva-Cobián-Bugallal-Alcalá Zamora-Miranda-Weyler.

Mucho cuidado, españoles... No hay intervencionistas germanófilos. Su neutralismo vocinglero es una farsa. Quieren que intervengamos, pero al lado de los alemanes. Bien categóricamente lo ha dicho *La Nación*, órgano de esas ligas neutralistas organizadas por los germanos para asustar á algunos asustadizos.

Y es lo peor que ese intervencionismo alemán—¡que sería nuestra completa ruina!—tiene muchas probabilidades de triunfo.

FABIÁN VIDAL

La Fiesta del Trabajo

Ha tenido más importancia que las de los años anteriores por el número de trabajadores que á ella concurrieron; los discursos que se pronunciaron, y las conclusiones que se aprobaron. Estas fueron las siguientes, que entregaron al ministro de la Gobernación los señores Largo Caballero, Besteiro, García Cortés, Anguiano, Mora y López Baeza:

Primera. Petición de ocho horas de trabajo como punto principal de la legislación obrera.

Segunda. Obras que ocupen á los parados.

Tercera. Medidas para el abaratamiento de las subsistencias.

Cuarta. Terminación de la guerra de Marruecos.

Quinta. Supremacía de la jurisdicción civil y abolición de la ley de jurisdicciones.

Sexta. Extensión de la ley de accidentes del trabajo á los obreros del campo.

Séptima. Reducción de la jornada á la dependencia mercantil.

Octava. Supresión del trabajo nocturno en las panaderías.

Novena. Fijación de la jornada de trabajo en la industria textil.

Décima. Aprobación del Código minero.

Undécima. Reglamentación del trabajo para los obreros del mar.

Duodécima. Responsabilidad de jefes, oficiales y clases de la Guardia civil ante los Tribunales ordinarios.

Décimatercera. Ampliación de la amnistía.

Los abogados del Kaiser

El Kaiser tiene un juez, el mundo entero; unos abogados, los germanófilos españoles; y sobre él pesa una acusación, su conducta al empezar la guerra y durante la campaña.

Los abogados del Kaiser afirman que no cobran honorarios por su profesión. Es extraño, porque para ser *aquellos* y no ganar nada, etc., etc. Pero, en fin, cuando ellos lo dicen, será cierto. Dijeron que los prusianos entrarían en París en Septiembre de 1914, que Italia sería neutral, que Inglaterra sólo haría la guerra con cipayos, que Rusia firmaría una paz separada, que la batalla del Marne no se libró, que la de Jutlandia la ganaron los alemanes, y nada de esto ha resultado cierto. Dicen también que no cobran honorarios por ejercer la abogacía. Será verdad, porque hay que suponer que no van a equivocarse en todo.

Como abogados atenúan lo que perjudica a los alemanes y exageran lo que les favorece. ¿Los alemanes hundieron nuestros barcos sin previo aviso? Eso no es delito, porque ya anunciaron el 31 de Enero último que así lo harían. ¿Quién duda que si a una persona dan un atraco, después de haberla avisado que se lo darán, los ladrones están exentos de castigo?

Al cabo de los siglos los cristianos van a realizar el sueño de las Cruzadas: arrancar Tierra Santa del poder de los turcos. Pero los cristianos son ingleses, y los abogados del Kaiser dudan de la victoria, que, por otra parte, no tendría importancia, tratándose de un frente tan secundario.

En Flandes luchó el duque de Alba contra los luteranos; hoy los luteranos destruyen las iglesias católicas de Flandes y fusilan a los sacerdotes, pero esos luteranos son alemanes, y los abogados del Kaiser (católicos y tradicionalistas) aplauden el valor y la cultura de los invasores.

En cambio ¿qué repliegue tan admirable en el frente occidental! ¿Durante él, los alemanes no han perdido ni un hombre, ni un cañón! Verdad es que en cuanto hicieron alto, han dejado en manos de los ingleses, sólo en el sector de Arras, cientos de cañones y miles de prisioneros. Pero eso ha sido después. Durante el repliegue, no han perdido nada más que el terreno, y eso no tiene importancia cuando lo pierden los alemanes.

Según los abogados del Kaiser, los aliados van cada vez peor. Basta que una nación se una a la Entente para que todo le salga mal. Si Bulgaria no se hubiera unido a los alemanes, a estas horas andaría de cabeza. El día que la Argentina imite a los Estados Unidos, en la Argentina habrá hambre, motines, faltará el carbón, y el presidente estará a punto de perder el gorro frigio.

No sabemos lo que hará Méjico. Si se decide por Alemania, todo América coagulada no podrá vencerle. Si se une a los

yankis, toda la revolución pasada será un juego de niños en comparación con la revolución futura.

Nos torpedean un barco en el Cantábrico. Antes de indignarnos hay que averiguar si el barco ha sido efectivamente torpedeado, si el submarino que bloqueaba a Inglaterra era alemán ó francés, y si los naufragos son españoles ó ciudadanos de la República de Andorra. Cuando se pruebe que el sumergible era alemán y las víctimas eran españolas, hay que convenir que el torpedeamiento ha estado muy bien hecho, á menos que los alemanes nos digan lo contrario.

¡Oh! ¿Qué kolosales son los abogados del Kaiser! El día que Alemania sea aplastada, nos demostrarán que los vencedores han quedado peor que los vencidos, que no les conviene haber ganado la guerra, porque estarán á punto de venir á las manos, y porque no sabrán sacar fruto de la victoria; y que les hubiera tenido más cuenta dejarse derrotar por los alemanes.

F. R.

Argumento eterno

¿Que eres cristiano, creyente, y cumples con devoción los deberes que la Iglesia te manda cumplir con Dios, y marchando por la calle cae desde algún balcón un madero sin herirte? Pues... ¡es milagro de Dios!

¿Que te ocurre lo contrario á pesar de tu fervor, y aquel madero te aplasta?... ¡Te llama á su seno Dios!...

¿Que eres ateo, ó hereje de los de marca mayor, y cae el tablón sin matarte?... ¡Por algo lo habrá hecho Dios!...

Mas si te hace una tortilla y quedas hecho un montón de piltrafas y de huesos... ¡es un castigo de Dios!...

HOMERO CASTELLS

Una opinión

Mi estimado D. José: No se devane usted los sexos buscando las causas de la mansedumbre con que España soporta los atropellos de Alemania y los puntapiés que le da. No hay más que una, y es ésta: la implantación de la democrática y justa ley del servicio militar obligatorio. Y le diré por qué, si usted no ha caído ya.

Toda la gente aristocrática, como toda la de dinero, por 1.500 pesetas se escabullían del servicio de las armas. Y éstas fueron aquellas que cuando lo de las Carolinas se entusiasmaron tanto al ver pisado y quemado el escudo alemán; y las que, cuando lo de Melilla el 93 y lo de los yankis el 97, gritaron hasta desgañitarse: ¡a la guerra, á la guerra! ¡viva España con honra! Pero como ahora, de romperse la neutralidad, estarían expuestas ellas ó sus hijos á empuñar el chopo, ¡ay, mamá, qué miedo!, su sangre guerrera se ha vuelto agua de limón fría. Y por eso ahora piden

¡paz! ¡paz! ¡neutralidad á todo trance! Si no hubieran de ir á la guerra más que los hijos del pueblo, ya vería usted qué belicosos eran.

Toda la gentuza germanófila sabe muy bien, como lo sabemos todos, que España nunca podrá romper la neutralidad en favor de Alemania (¡pobres de nosotros si tal hiciera!); y como es consiguiente, para que la neutralidad se mantenga á toda costa, les conviene ser germanófilos. ¿A ellos qué les importa la honra de España mientras tengan que exponerse á perder la zalea?

Suyo affmo. amigo

MANUEL BABIO

Sevilla.

La observación no deja de ser atinada. El miedo es la causa principal de la germanofilia española.

Sin duda advirtiéndolo Don Quijote al comenzar la guerra, y salió corriendo de su tierra nativa avergonzado, y tapándose de paso las narices para no asfixiarse con las emanaciones desprendidas de la ropa interior de los descendientes del Cid.

Tenia en mucho el honor y la pulcritud el ilustre manchego desaparecido.

Cine clerical

Vestida de angel

—¡Qué contenta está usted, doña Sinforosa!

—Hija, una es madre... Además, esto me trae á la cabeza recuerdos muy gratos y muy lejanos... ¿Se acuerda usted cuando íbamos nosotras en Teruel á las franciscanas á ofrecer flores á la Virgen?

—¡Ya lo creo! Y eso que desde entonces ya ha llovido mucho... Aún me parece que la estoy á usted viendo con aquel traje blanco tan precioso.

—Y con alas... Ya se acordará usted que sor Obdulia nos ponía unas alas de cartón doradas que parecían de verdad.

—Sí, sí; de todo me acuerdo, y también de aquel P. Serapio tan sobón y tan mimoso... ¿Se acuerda usted de aquello que pasó con la hija del médico?

—Yo creo que fué una calumnia...

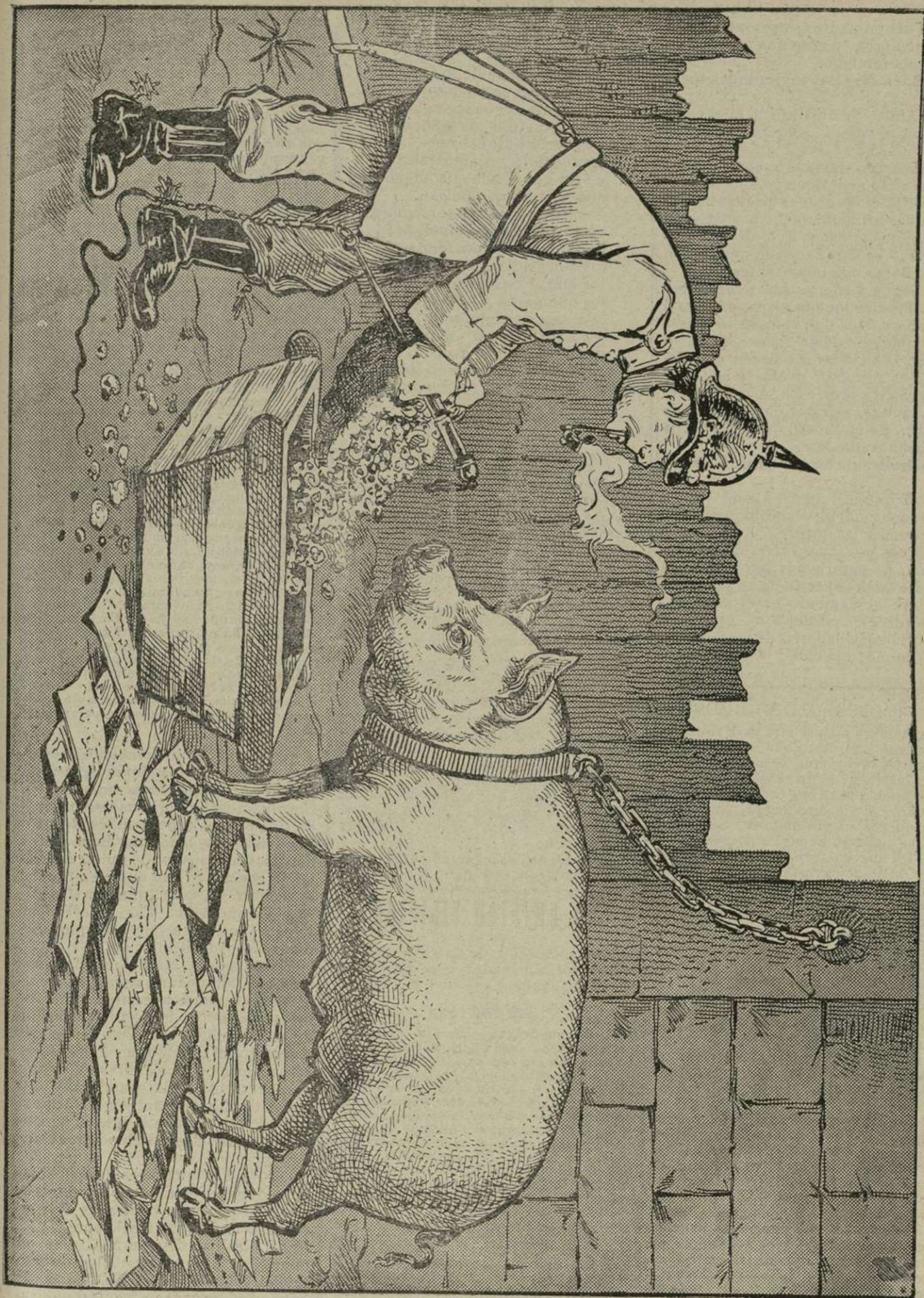
—No sé, no sé, no pondría yo la mano en el fuego.

—Pero, mujer, en una cosa tan sagrada, ensayando los versos de la Virgen, y con una chicuela de once años...

—Aquella chica tenía ya mucha piedad... Ya sabe usted que luego se escapó de mayorcita con un carabinierno... Aquello del P. Serapio la perjudicó mucho... Ningún joven la quería para casarse.

—Cosas de los pueblos pequeños... Total no fué la cosa tanto, si es que fué.

EL MOTIN



Ayuntamiento de Madrid

—Pues su padre y otros médicos lo reconocieron, y creo que aquello ya no tenía remedio.

—Buen disgusto tuvieron las monjas.

—¡Anda! Si no llega á intervenir el obispo, va el P. Serapio á la cárcel...

—Echaron tierra al asunto.

—Fué lo mejor que podían hacer...

De todos modos no es prudente que las niñas intimen mucho á solas con sacerdotes jóvenes. Esto de las flores de Mayo ha sido causa de que se ajen otras flores más importantes...

—Según y cómo. Ahí tiene usted al P. Perales, que es el que prepara á mi niña y á las del colegio, y nadie ha tenido que decir nunca de él, ni esto... Las chicas le quieren con delirio: es un gran poeta, y les hace unos versos preciosos. A mi Consuelo la quiere retratar con el traje de angel... Es un sacerdote ejemplar, de los buenos que hay.

—Me han dicho que besa á las niñas.

—¿Y qué mal hay en eso? ¡Están tan monas con el vestido blanco, y la corona y las flores!

—Pues yo, si se tratara de una hija mía, no pasaría por ello... No sea que llevando el traje de angel se les metiera el demonio en el cuerpo... Acuérdesse usted del P. Serapio.

—¡Bah! Habladurías de los pueblos.

—Bueno, allá usted y su angelito.

FRAY GERUNDIO

Héroes y bandidos

Un hombre mata á otro para robar; se le detiene, se le aprisiona, se le condena á muerte, la multitud le maldice y se le corta la cabeza en un cadalso.

Un pueblo hace una carnicería en otro para arrebatarse sus campos, sus casas, sus riquezas, sus costumbres... Se le aclama; las ciudades se engalanan para recibir á los que vuelven cubiertos de sangre y de despojos; los poetas los cantan en versos embriagadores; las músicas los festejan; hombres con banderas y charangas, doncellas con ramos de oro y de flores los acompañan como si acabasen de cumplir la obra de la vida y la obra del amor.

A los que más muertes han hecho, á los que más han robado, se les da títulos rimbombantes, honores gloriosos que deben perpetuar sus nombres á través de los tiempos.

Se dice al presente para el porvenir: «Tú honrarás á este héroe, pues él sólo ha hecho más cadáveres que mil asesinos...»

Y, en tanto que el cuerpo del oscuro matador se pudre en sepultura infame después de decapitado, la imagen del que ha matado treinta mil hombres se yergue, venerada, en medio de las plazas públicas, ó bien reposa al abrigo de las catedrales en tumbas de mármol bendito, que guardan los santos y los ángeles. Todo lo que le ha pertenecido llega á ser reliquias sagradas, y van las gentes en peregrinación á los museos para admirar su espada, su cota de mallas y el penacho de su casco.

MIRBEAU

LA LÁMINA

Con la carne de los hombres que sucumben en la guerra, Germania engorda sus cerdos, ¡oh prodigio de su ciencia! Los cerdos así cebados agradecidos se muestran, y á su vez con la que adquieren nutren á los que pelean. Y en este mutuo intercambio de sustancias tan diversas de tal modo se confunden los que gruñen, los que piensan, los que al cielo alzan los ojos, los que miran á la tierra, los que saber es imposible á las tres ó cuatro mezclas, dónde el alemán acaba y dónde el cochino empieza.

Un consejo

Deseando ahorrar trabajo y molestias á los individuos de la respetable clase sacerdotal, me permito recomendarles que imiten á aquel joven presbítero francés que, agobiado por el gran número de personas que acudían á su confesonario, anunció desde el púlpito que en adelante, á fin de evitar confusiones, oiría en confesión á sus feligreses por el orden siguiente:

Lunes, ladrones; martes, asesinos; miércoles, perjurios; jueves, blasfemios; viernes, mentirosos; sábados, acólitos y mujeres de vida airada.

El plan le dió el mejor resultado. Desde aquel momento su confesonario se vió completamente desierto.

Hagan lo mismo los curas españoles y se ahorrarán trabajo, chismes, murmuraciones, enredos, y malos pensamientos; y suprimirán de paso el incentivo más grande que tienen para pecar.

Las facilidades que el confesonario les proporciona para la requisa de pesetas, pueden encontrarlas en roto cualquier acto del culto.

Así como así, el ingenio del más romo es inagotable en este punto.

LA AMISTAD FILIPINA

El número del 27 de Enero de *The Independent*, semanario que se publica en Manila en inglés y en castellano, dice:

«Como amamos á España»

La Casa de España en Manila—Palacio de la exmetrópoli, según feliz expresión de su nuevo Cónsul en este país, Sr. Palmaroli—se inauguró solemnemente el domingo pasado, bajo la simpatía unánime de todos los elementos aquí convivientes, pero especialmente, por razones que conoce todo el mundo, del elemento filipino. Además del reparto de premios entre los vencedores del glorioso Concurso Pro-Idioma Castellano organizado por el Casino Español, acto que revistió gran solemnidad, imprimió la nota más brillante y hermosa á las fiestas el banquete que tuvo lugar al medio día, y que sirvió de coyuntura para la exteriorización de los sentimientos más nobles, entusiastas y cordiales hacia España, América y Filipinas, de parte de los ilustres oradores que allí hablaron.

No pudo ocurrírsele al Sr. Melián, presidente del Casino, un simbolismo más hermoso que el que esbozó, al concretar el abra-

zo moral de los tres pueblos cuyas actuaciones integran la Historia Filipina: «sobre un proyecto ideado por un arquitecto filipino, se ha edificado en territorio americano la Casa de España». En efecto, acontecimientos históricos disociaron, en la vida de los afectos, á estos tres pueblos; pero hoy, borradas todas las huellas de la disensión, se reintegran en una obra común de progreso que hará sin duda de este país un Gran Hogar donde todo hombre de buena voluntad estará bien hallado.

Por lo que respecta á los españoles particularmente, ¿qué duda cabe que ellos son, parodiando al elocuentísimo Dr. Gómez, «filipinos nacidos en España»? Por eso no exageró este «gran maestro de la palabra», como le llamara el presidente Quezon, al decir que no hacia falta una Casa de España aquí, porque en cada corazón filipino hay un altar, un santuario, una morada ideal de amor para la nación española.

España, que amamantó á tantos pueblos, merece, en verdad, toda la devoción, todo el cariño filial que es capaz de sentir el corazón más agradecido. ¿Cómo no, si ella, como dijo muy bien el Sr. Quezon, fué tan generosa que, mientras derramaba bienes por todo el mundo prodigando el tesoro de su civilización y cultura, apenas si se miraba á sí misma, descendiendo lamentablemente los intereses del propio país? De ahí esa aparente decadencia, que no es índice de una impotencia moral definitiva, sino desfallecimiento pasajero, resultado de una estúpida prodigalidad de energías en el pasado. La reacción se ha iniciado ya, y no está remoto el recobro de las grandezas históricas, del pretérito elevamiento.

The Independent, sin embargo, quiere hacer constar hoy enfáticamente, rotundamente, que el amor de los filipinos á España no es un amor incondicional, sin reservas, sino á beneficio de inventario. Filipinas ama á España, pero la España sin Corporaciones Religiosas. La patria de Rizal acoge amorosa, en su suelo, la Casa de España, el Palacio de la Patria Española, pero con este apóstrofe á sus eternos enemigos, que lo son también de la España blanca, las Corporaciones Religiosas: «Una montaña de cadáveres y un río de sangre nos separan; marcha de aquí.»

Pues, agradeciendo mucho la buena intención de los filipinos, así no va á ser posible que nos entendamos. Corporaciones religiosas hemos tenido siempre y Corporaciones Religiosas tendremos mientras haya entre nosotros un español de rancia estirpe y una peseta. Si hay que elegir entre el recobro de esas grandezas históricas de que habla *The Independent* y los frailes, crea que nos quedaremos con los frailes.

Ejerce aquí el fraile una fascinación que, sin poderlo remediar, compartimos hasta los espíritus más libres; liberalotes hay satisfechísimos de que la señora sea visita asidua del convento tal donde tiene á los hijos educándose con los Padres. Y es que el espectáculo de la grandeza y del poder es algo que subyuga nuestras pobres almas, como la Iglesia ha observado bien desde tiempos muy remotos.

Quizás á la falta de este espectáculo se deba la inquina que los filipinos están desplegando contra las Corporaciones Religiosas. Realmente, aquellos frailes han degenerado hasta un punto que avergüenza. El presidente del Senado—léase *El Morín* de hace dos semanas—los trata duramente en una conferencia; *The In-*

dependent les dice cosas horribles y en una caricatura los pintaba sacando dinero de un bolsillo ajeno, pintura que es una reprobable exageración; en varias ocasiones se querellan contra el semanario y pierden el pleito; hace poco se ha implantado una ley de divorcio con el mismo desparpajo que si no hubiese frailes en el mundo. ¿Qué frailes son aquellos que toleran que el presidente Quesón no les bese la sandalia y desate lo que ata Dios sin desatarse ellos en improperios y excomuniones? ¿Qué frailes son aquellos que pierden pleitos? ¿Qué frailes son aquellos que ni siquiera pueden agarrar á un juez y obligarle á que mande periodistas á presidio? No es de extrañar que ante modelos tan tristes, los filipinos hayan concebido el mayor desprecio por las órdenes religiosas; hay hasta para dudar de que los frailes de Filipinas representen verdaderamente á Dios sobre la tierra.

No. Ordenes religiosas así cohibidas no son Ordenes religiosas; el fraile, como muchos animales, enjaulado pierde toda la gracia. Ordenes religiosas son las que tenemos por acá, lustrosas, omnipotentes. Románticos de la fuerza como somos por historia y por condición, no podemos menos de venerarlas. A esos mismos filipinos se les caería la baba viendo, como aquí vemos á cada momento, cruzar la calle á un fraile orondo y colorado que anda entre nosotros con aquella majestad con que, según algunos historiadores cuentan, andaba el caballo de Alejandro entre los vencidos. Tendrán sus defectos; serán todo lo tales y lo cuales que queramos y aun más de lo que quisiéramos; pero su arrogancia, en no sé qué...

Desengáñense ustedes: donde haya un fraile que se quite todo lo que valga.

¡Buen paseo!

Es un día primaveral magnífico, con sol de estío. Salgo de casa con ánimo de pasear alegre y sossegadamente. No he andado cien metros cuando un numeroso corro de gente que rodea á un automóvil me llama la atención y me paro. Acaba de ser atropellada una anciana impedida. Los dueños del automóvil oyen pullas del más subido tono. Me alejo despacio.

¡Qué palos más bárbaros! ¡Vaya un modo de jurar! Es un carretero que se enfada porque sus mulas no arrancan y suelta por su divina boca un escogido elenco de frases hechas para tales ocasiones. El pobre animal no encuentra palanca mejor que los juramentos y los varazos como alivio á los penosos esfuerzos de sus bestias. Le hago en voz alta hijo adoptivo de César y el hombre da fin á sus golpes, coge uno de los radios de las ruedas y apretando de firme y excitando

á las mulas logra que el carro se ponga en movimiento. Sigo mi camino.

Dos perros se muerden con verdadera furia armando infernal algarabía. Me empeño en separarlos y me cuesta trabajo enorme. Uno de los agradecidos perros se vuelve contra mi intentando mordirme en pago á mi buena acción. Esto me hace sonreír y pensar que no por ello debe dejarse de hacer el bien, pues si se parase en ciertas pequeñeces y reveses de la vida, la Humanidad no podría progresar. Tenemos que acostumbrarnos á ser buenos con todo el refinamiento de la bondad posible. Continúo paseando acariciado por los rayos del sol que alumbraba cada vez con más intensidad.

Dos chiquillos disputan por una moneda de diez céntimos. Son dos arrapiezos de seis á ocho años que se dedican al viejo arte de pedir. Les han dado la moneda para los dos, y el mayor, que ignora las fábulas de Fedro y el autor de la frase *struggle for life* de los ingleses, pretende llevarse la parte del león en la limosna que acaban de darles ¡Pobres pobres! Aún no saben recogerse los calzones y ya se ven obligados á reñir por unos míseros céntimos. Falta saber ahora si el que se los dió lo hizo con la perversa intención de gozar, allá para sus adentros, pensando que las criaturas habrían de darse de cachetes á los pocos minutos. El dinero tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes si no basta para cubrir las necesidades. El sol sigue ascendiendo y yo mi camino.

Muy poca pedagogía debe saber aquella niñera que da azotes de tal modo á la niña que tiene entre manos. La pequeña se ha caído al correr y ha sangrado algo por las narices. Debe ser gran pecado caerse y sangrar por las narices, á juzgar por los argumentos pedagógicos de la niñera. Los modernos educadores recomiendan la menor cantidad de castigo posible como medio educativo y hasta reprobaban las reprimendas duras y las palabras fuertes. Pero no se puede exigir de una institutriz de diez pesetas mensuales que tenga en la materia más conocimientos que Pestalozzi y Froebel. En virtud de lo cual decido continuar mi paseo como si nada sucediera.

Pasear es muy agradable, sobre todo con buen sol, entre árboles y flores, oyendo cantar á los pajarillos, murmurar á la fuente ó al río, lejos del mundanal bullicio y teniendo un libro que distraiga las horas ó una mujer que nos dé sus caricias. Pero á veces sólo podemos pasear, aunque haga buen sol, por donde hay carreteros brutos, perros furiosos, chiquillos hambrientos, automóviles criminales ó gentes sin corazón. Mi paseo pertenece á la última categoría.

VOLNEY CONDE-PELAYO

¡PAN!

He aquí una palabra que oculta toda la historia de la miseria; palabra sencilla que, pronunciada por un mendigo, es la elocuencia más aterradora del hambre, la desesperación y el dolor; palabra

que contiene el llanto, la desnudez y hasta el suicidio.

No hay un eco semejante al que oís de boca de un anciano mendigo, aplastado bajo las torturas de la vida, que se apoya en el báculo, lleva al hombro una bolsa de lienzo, y suplicante os dirige sus ojos velados por sombrías lágrimas, diciéndoos: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de boca de un niño extragado por los hedores de la pobreza, flaco, feo, desnudo, pálido y enfermo, que no ríe porque sus labios cárdenos despiden sólo hiel, cuando os implora con esta palabra: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de boca de un joven macilento y decrepito, un pobre joven que llega con la osadía de la necesidad hasta el gabinete donde están adormecidos los señores, mendigándoles trabajo, que equivale á esta palabra con sangre: ¡pan!

¡Oh! No hay eco que imite los gritos despiadados de la miseria, que sin hallar consuelo se cubre las rodillas maltratadas, se echa encima los harapos, y en tal guisa cruza por las calles en medio del alegre mundo que ríe. Parece que trata de ablandar el orgullo humano ostentando la carne de sus miserias, ó bien mover los corazones con un sentimiento de lástima.

Pero no se vence al mundo con poner de manifiesto su humillación. Un mendigo que se presentara en medio de una fiesta á pedir pan, sería echado á palos; un hombre que demandara un empleo, merecería otro tanto; á una mujer honesta que pidiese un vaso de agua, se le exigiría en pago su honor.

Y el harapo humano, desposeído de orgullo, debe caer, sumido en su nada, al lugar de las inmundicias, para rascarse con un casco el pus del cáncer abierto por todos sus dolores; ó si siente hervir su sangre rebelde, debe de refugiarse en las tinieblas para amasar en la soledad el plan siniestro de la venganza. Si se humilla en el polvo, se hace un mártir; si levanta su frente, un criminal.

No es extraño, pues, que el brazo que se alargaba tímidamente en las sombras demandando una limosna, se hace tirado con el puñal homicida y compre al precio de una vida un mendrugo de pan. La fiera humana, cuando está hambrienta, eriza las crines, se muerde de rabia, rugie potentemente, estira su zarpa y destroza una cabeza. Nada más espantoso. La fiera ya no pide: husmea, va colérica, huele el rastro, enseña los dientes, lucha contra toda la naturaleza, y tiene su banquette salvaje en su tugurio á la claridad de los carbones encendidos.

Hay que pensar en esa fiera.

J. M. VÉLEZ

CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

José Nakens

Precio de cada tomo: **DOS pesetas.**

Para los suscriptores el 25 por 100 de rebaja.

La Musa anticlerical

(CONTINUACIÓN)

Por lo civil

«*Marica quer que lle diga
q'ha queiro diante do crego:
eu decir, dirello á solas,
pro no diante dos alleos.*»

Así dice, y dice bien,
un cantarcillo gallego,
que se puede traducir
sobre poco más ó menos:
«Quiere María que yo,
te amo, le diga ante el clérigo;
á solas se lo diré,
pero no ante los ajenos.»

Tiene razón el cantar:
¿por qué causa un reverendo
ha de oír de nuestra boca
lo que tú y yo nos queremos?
Son, amada mía, asuntos
exclusivamente nuestros;
¿qué le importa al padre cura
que nos queramos ú odiamos?
Nada; mas los *sotanoídes*,
por agenciarse unos pesos,
en asuntos amorios
hasta ejercen de *terceros*.
No me ha de pescar los cuartos
el que vive en este pueblo;
primero los gasto en balas
para saltarme los sesos,
por más que yo al suicidio
jamás he sido propenso.
Acudiremos al juez
si quieres que nos casemos,
pues te juro por mi madre
que yo en la iglesia no entro,
ni he de aflojar un ochavo
porque nos pregunte el *cuervo*
si nos queremos ó no,
cosa que le importa un bledo;
y menos para que acaso
la plata que yo le suelto
convierta en plomo, y fusile
á mis hijos, si los tengo.
Nada de eso, amada mía;
antes, y ves que te quiero
como la flor al rocío,
permaneceré soltero.

□ □

Oraba y con devoción
ante un Cristo sacrosanto
un viejo de aspecto santo,
pero en el fondo un bribón;
fijóse en él don Ramón,
que le conocía en conciencia,
y dijo á la concurrencia:
—Ya verán que el beato al cabo
le mete al Cristo otro clavo
ó le arranca una potencia.

□ □

Escrutinio

Con objeto de obsequiar
á unos amigos sinceros

y probados compañeros
que lo van á visitar,
registra el cura el cepillo
de Santa Clara bendita
depositando la *guita*
en un sucio taleguillo.

Después sobre una mugrienta
mesa de la sacristía
el taleguillo vacía
y lo recaudado cuenta.

Y por más que mucha gente
huella el templo con su planta,
el cepillo de la santa
no da más que lo siguiente:

Tres reales, mas un botón
y dos huesos de aceituna,
una perra falsa, y una
cédula de comunión.

El *páter* se desespera
llevado de su genio
y soltando un puñetazo
que hace crujir la madera,
dice: «Se limpió el cajón
hace diez días cabales;
en diez días, tres reales.
¿Cómo está la devoción!

¡Qué escándalo! ¡quien pensara,
que así bajase la fe!
Hoy no tomamos café
á costa de Santa Clara.»

□ □

Una dama muy bonita
se precipitó contrita
á los pies de un sacerdote,
exclamando: «Su infinita
caridad me saque á flote.»

El cura palideció
de repente, cuando vió
de hinojos á tal mujer,
y dijola: «Ya empezó
Jesucristo á padecer!»

□ □

El voto de castidad

Los últimos parroquianos
ocupan la última mesa
del café, donde vacías
hay seis ó siete botellas.
Son tres más tres, es decir,
tres varones y tres hembras;
ellos gordos y rollizos,
frescos y guapotas ellas.
Ya es muy tarde: un camarero
acércase á las parejas,
y cual si gran confianza
con unos y otras tuviera,
dice: «¡Mocitas, que es tarde!
¡Padres curas, que se cierra!»
Y, en efecto, es á tres curas
á quienes la hora recuerda,
por más que van disfrazados
de gabán y de chistera;
clérigos de rompe y rasga,
que igual deshacen la jeta
á un párroco, que se beben
tarro y medio de ginebra;
curas que van á garitos,
que con las mozas *alternan*,
y á los que el mismo prelado
por incorregibles deja;
á quienes ven y conocen,
más que las gentes de Iglesia,

guardias, serenos y agentes
de policía secreta.
Cuando del café á que asisten
van á cerrarse las puertas,
cada uno de ellos sale
del brazo de una flamenca.
Después, puntos suspensivos...
Y cuando ya el sol clarea,
y para la misa de alba
el primer toque resuena,
la dueña del domicilio
en que de noche se hospedan,
exclama: «¡Vistanse ustedes
que han abierto ya la iglesia!»

□ □

En terrible enfermedad,
por alcanzar la salud.
Juan ofreció un ataúd
al Cristo de la Piedad.

Curó, fué á la Cava Baja,
y en casa de un carpintero
adquirió una caja, pero
iba sin llave la caja.

—¿Y la llave?—preguntó.
—¿La llave? ¡Pchs! ¿Quién se apura?
Hoy tendrá la caja el cura:
mañana la tendré yo.

□ □

La romería

Hoy es la fiesta del santo
patrono de nuestra villa,
y van sus devotos fleles
á venerarle en su ermita.
Nada de equipos piadosos;
con una merienda opípara,
bota y guitarra, estas gentes
tales fiestas solemnizan.
En torno del santuario
cien corrillos se organizan
donde se come y se bebe
de una manera excesiva.
En vez de entonar plegarias
se arrancan por seguidillas
que intercalan con blasfemias
y con palabras lascivas.
Mucho baile, mucha zambra,
mucha bulla, mucha *pitima*,
y por remate de fiesta
dos ó tres puñaladitas.
Si esto es excursión piadosa,
si á esto llaman romería
¿á qué llamarán escándalo
estas gentes cristianísimas?

□ □

—Mire usted dijo Carmelo
á su tía gran beata;—
hoy, estando en misa, un *rata*,
me ha ventila lo el pañuelo.
—¿Y nada más?—No.—Evidente
milagro del alto cielo,
pues que pudiendo el pilluelo
sacarte el reloj igualmente,
el Señor se lo ha impedido.
—Es que lo tengo empeñado.
¡El milagro hubiera sido
que me lo hubiera sacado!

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12.